

# Guadalupe en la religiosidad del pueblo de México

## *Non fecit taliter omnis natio* (Parte Segunda)

Javier García

Profesor emérito del Ateneo Pontificio Regina Apostolorum, Roma

### Introducción

**E**STAMOS ESTUDIANDO LAS RAÍCES AUTÓCTONAS de la identificación religiosa y cultural del pueblo de México con la Virgen de Guadalupe. En el artículo anterior (Cf. Ecclesia, 2011, nn.), además de repasar la historicidad de las apariciones, hemos visto los elementos de la imagen pintada de la Virgen de Guadalupe. Ahora nos falta repasar otros elementos que también están en la raíz de la identificación del pueblo de México con Guadalupe, como el “*Nican Mopohua*”, el mensaje de la Virgen, el indio Juan Diego y la “Casita sagrada”. Damos una breve síntesis de los tres primeros y nos detendremos un poco más en el cuarto.

### El Nican Mopohua

“*Nican mopohua*”, son las primeras palabras en náhuatl del relato de las apariciones y significan “*Aquí se narra*”. El relato se podría estudiar como texto literario de la tradición poética nahuatl, como documento antropológico representativo de una cultura o como muestra de la religiosidad popular cristiana. En esta síntesis alusiva lo presentamos como documento antropológico que enraiza fuertemente las apariciones guadalupanas en la cultura del nuevo pueblo, a la vez indígena y cristiano, que está naciendo.

Damos por suficientemente probado que su autor es el noble indio Antonio Valeriano, formado en las letras españolas y latinas y buen conocedor de la literatura y cultura nahuas. Y que la fecha de composición hay que situarla a inicios de la segunda mitad del siglo XVI, concretamente hacia 1556<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Así opina Miguel León-Portilla, en *Tonantzin Guadalupe. Pensamiento náhuatl y mensaje cristiano en el “Nican Mopohua”*, El Colegio Nacional – FCE, México, 2000, pp.32-33, siguiendo a Edmundo O’Gorman, *Destierro de sombras. Luz en el origen de la imagen y culto de Nuestra Señora de Guadalupe del Tepeyac*, Unam, Instituto de Investigaciones Históricas, México, 1986, 50.

### *El Nican Mopohua, encuentro de la sabiduría india con el mensaje cristiano*

Para el gran erudito de la cultura azteca Miguel León-Portilla, el *Nican Mopohua* de Antonio Valeriano es un texto escrito en un estilo que sigue la tradición de los textos clásicos en lengua náhuatl. En él perdura no poco del universo de símbolos característicos de la cultura náhuatl, hasta el punto de que lo podemos considerar como una muestra notable de la sabiduría india<sup>2</sup>.

Su importancia deriva ante todo de ser un encuentro fecundo de la literatura india con el mensaje cristiano. Hoy en día lo podemos calificar como uno de los primeros ejemplos de teología india “*ante litteram*”, de calidad suprema. Veamos algunos aspectos de la tradición literaria y poética náhuatl reflejados en el *Nican Mopohua*, para subrayar, luego, los elementos teológicos.

### *El Nican Mopohua y la tradición literaria náhuatl*

*Tecipilabtollí* o lenguaje noble y *macebualtollí* o lenguaje popular:

Según Miguel León-Portilla<sup>3</sup>, el *Nican Mopohua* está escrito en “*tecpilabtollí*” o lenguaje noble, y no en “*macebualabtollí*” o lengua de los macehuales y gente del pueblo llano<sup>4</sup>. Lo que es la “lengua culta” frente a la “lengua vulgar” -también en los orígenes del castellano el “mester de clerecía” divide a los clérigos poetas de los juglares que emplean el “mester de juglaría”-. En *tecpilabtollí* están escritos los textos nahuas clásicos. El *Nican Mopohua* refleja muchos conceptos y modos de expresión del pensamiento y de la literatura nahuatl. Veamos algunos.

*In Cuícatl, in Xócbitl*:

El binomio “cantos y flores”, de larga tradición en el pensamiento náhuatl, representa la poesía; y en la poesía se recoge cuanto de verdadero y de noble existe en la tierra. Antonio Valeriano enmarca su relato en esta gran tradición de “*cuícatl*” y “*xócbitl*”, tan familiar y tan significativa para

---

<sup>2</sup> Miguel León-Portilla, o.c., p.51.

<sup>3</sup> Miguel León-Portilla, o.c., p.51-52.

<sup>4</sup> Antes de él ya lo habían percibido Angel María Garibay y, actualmente, John Bierhorst (editor y traductor) *Cantares mexicanos, Songs of the Aztecs*, 2v. Stanford University Press, Stanford 1985, I, 62; y James Lockart, *The Nahuas After the Conquest, a Social and Cultural History of the Indians of Central Mexico, Sixteenth through Eighteenth Centuries*, Stanford University Press, Stanford, 1992.

los oídos indígenas. Al inicio, nos ha hablado de los cantos de las aves preciosas que escuchó Juan Diego, de los “*coyoltótl*” y de los “*tzinitzcán*”, finos pájaros cuyo plumaje era usado para diversos ornatos. En la cuarta y quinta aparición nos habla de las flores, con expresiones que parecen tomadas de los “*Cantares mexicanos*”<sup>5</sup>.

*Xochitlalpan, Tonacatlalpan*: hay también puntos de contacto entre el *Nican Mopobua* y los cantares mexicanos prehispánicos en la señal que le da noble Señora para el obispo Zumárraga de llevarle las flores fragantes y preciosas. Como hemos visto, Juan Diego las recogió en el Tepeyac, en un lugar que le pareció *Xochitlalpan*, “la Tierra florida”, *Tonacatlalpan*, “la Tierra de nuestro sustento”, es decir, el paraíso como lo concebían los aztecas. Y las colocó en el hueco de su tilma; las llevó a la Señora y ella “*con sus santas manos las tomó, y de nuevo en el hueco de mi ayate las vino a colocar*” (vv.171-173). Dice el cantar mexicano de la tradición prehispánica: “*Yo pongo en el hueco de mi tilma las variadas, fragantes flores, las gustosas, que dan contento... He ido allá, a contemplarlas en Xochitlalpan, la Tierra florida*”<sup>6</sup>.

## El mensaje

Otro de los factores que contribuyen poderosamente a la identificación del pueblo de México con Guadalupe es el mensaje que le hace llegar la noble Señora del Tepeyac: Ella les ofrece su maternidad bondadosa, Ella es Madre compasiva con poder de intercesión ante su Hijo.

Al pueblo indígena, recién vencido y postrado, le ofrece protección, consuelo y ayuda eficaz. “*Allí (en la “casita sagrada”) mostraré, haré patente, entregaré a las gentes todo mi amor, mi mirada compasiva, mi ayuda, mi protección. Porque en verdad yo soy vuestra madrecita compasiva. A tí y a todos los hombres que vivis juntos en esta tierra y también a todas las demás gentes que me amen, que me llamen, que me busquen, confíen en mí. Así en verdad oiré su llanto, su pesar*” (vv.27-32).

Era familiar para los indígenas pensar en la divinidad como en una madre que se aflige y se preocupa por sus hijos. Y sobre todo, teniendo en cuenta la situación de postración que en 1531, diez años después de que

<sup>5</sup> L.c. fol. 1r, 5v., 4r, 40v, 52v.

<sup>6</sup> Cfr. *Cantares mexicanos*, folios 1r-v., 5v., 4r., 52 v., etc. Ver el comentario de Miguel León-Portilla, o.c., pp.53-56 y la reproducción de dicho cantar allí mismo.

había caído el imperio azteca bajo las huestes de Hernán Cortés y de los guerreros tlaxcaltecas, los indígenas aztecas veían que su mundo no sólo político, sino también religioso y cultural, se les había derrumbado. La consternación era general. Si a esto añadimos los sufrimientos causados por los nuevos señores venidos de fuera, con servidumbres, trabajos forzados y malos tratos, el desánimo era total.

De aquí la sabia oferta de la noble Señora. Los dioses de los indígenas habían sido destruidos. Ella se adelanta y de modo delicado e indirecto les da a entender que sus ídolos han sido destruidos, pero que el Dios en el que creen, sigue en pie, más aún, ella les trae un conocimiento más completo de ese mismo Dios, es Dador de vida (*in Ipalnemobuani*), es Creador de los seres humanos (*in Teyocoyani*), es Dueño de lo cerca y de lo junto (*in Tloque Nabuaque*), porque es “*el verdaderísimo Dios*” (*in huel nelli teotl Dios*), Padre que ha engendrado a un Hijo, Jesucristo, Dios mismo y el Único que nos salva (vv.26), del que ella es Madre: aquí está todo el núcleo del cristianismo.

Por otro lado, ya los ánimos de los indios estaban preparados con el culto a *Tonantzín*, la madre de los dioses, benévola y protectora, venerada precisamente en el Tepeyac. El *Nican Mopobua* es todo un cántico a la maternidad espiritual de María entonado por ella misma. Las primeras palabras con que saluda a Juan Diego son: “*Escucha, hijo mío, el menor, Juanito: ¿a dónde te diriges?*” (v.23). Y en el relato abundan las frases maternas, llenas de ternura: *Hijo mío, el más pequeño*” (v.26), “*Escucha, el más pequeño de mis hijos*” (v.58), “*Bien está, hijito mío*” (v.92). Y está, sobre todo, la conmovedora escena de la cuarta aparición: “*Escucha, ponlo en tu corazón, hijo mío, el menor, que no es nada lo que te espantó, lo que te afligió; que no se perturbe tu rostro, tu corazón. No temas esta enfermedad, ni ninguna otra enfermedad, ni cosa punzante, aflictiva. ¿No estoy yo aquí que soy tu madre? ¿No estás bajo mi sombra y resguardo? ¿No soy yo la fuente de tu alegría? ¿No estás en el hueco de mi manto, en el cruce de mis brazos? ¿Tienes necesidad de alguna otra cosa?*” (vv.118-119).

En este torrente de expresiones del corazón materno de María de Guadalupe hay una especialmente original y conmovedora: “*¿No estás en el hueco de mi manto, en el cruce de mis brazos?*”. Juan Diego está en los brazos de la Virgen-Madre, a la manera como los hijos de las indias son llevados por éstas entre los pliegues de su rebozo o cargados a su espalda<sup>7</sup>.

<sup>7</sup> Cfr. Salvador Carrillo Alday, o.c., pp.24 y 25 ad sensum.

La maternidad de María afirmada en el cerro del Tepeyac es prolongación de su maternidad en el Monte Calvario donde Jesús da María a Juan como a su Madre -y en él a todos los que creerían en él-: “hijo, ahí tienes a tu madre; mujer, ahí tienes a tu hijo” (Jn 19,26-27). Maternidad que *Tonantzin* Guadalupe subraya como universal, no conoce límites ni se agota en un individuo, ni siquiera en un pueblo, sino que se extiende a todos los pueblos de América y aun de todo el planeta que la invoquen. La Virgen María se presenta a Juan Diego con estas palabras: “*Soy Madre tuya y de todos los hombres que en esta tierra estáis en uno, y de las demás variadas estirpes de hombres, mis amadores, lo que a mí clamen, los que me busquen, los que confíen en mí*” (vv.30-31). A *Tonantzin* Guadalupe, nuestra Madre universal, hacen eco los habitantes del nuevo mundo, que cada día más numerosos llegan en peregrinación a la colina del Tepeyac o erigen templos en su honor en todos los ángulos del continente.

Otro elemento que ha venido a contribuir a la identificación del pueblo de México con la Virgen de Guadalupe es el mensajero elegido por la Virgen para llevar su mensaje y su imagen al obispo.

### **Juan Diego, el indio vidente, mensajero y santo**

Cuando hablamos de Guadalupe en la religiosidad del pueblo mexicano, al lado de la Virgen de Guadalupe estará siempre el indio Juan Diego Cuauhtlatoazin. De la pecadora pública que en la casa de Simón el fariseo ungió los pies de Jesús, dijo el Maestro: “de ella se hablará en todas partes en que se anuncie el Evangelio” (Mt, 26,13). Hemos de decir otro tanto de Juan Diego: dondequiera se narre el evento guadalupano, allí se hablará también del indio Juan Diego Cuauhtlatoatzin, sea por la función que tuvo en las apariciones de la Virgen, sea porque con su canonización ha llegado a ser modelo de indígenas y campesinos, de criollos y europeos, y de cuantos delante de Dios son pobres y humildes. Nos detenemos brevemente en estas notas de Juan Diego.

1. *Juan Diego, indio macehual*: Juan Diego Cuauhtlatoatzin es un indio chichimeca, quizá propietario de casas y tierras labrantías, *macehualli*, indio de la gleba; campesino, casado y posiblemente padre de dos hijos. Viudo, todavía joven casó con la india Malintzin. Los dos bautizados y fervorosos creyentes. María Lucía había muerto dos años antes de que la Virgen Santísima se apareciera a Juan Diego. Él era persona humilde, pertenecía a los que el Antiguo Testamento llama “el resto del pueblo de Dios”, “el resto

de los pobres de Yavé”, y que el Nuevo Testamento llama “dichosos” porque a ellos pertenece el Reino de Dios.

2. *Juan Diego, vidente*: a este humilde macehual elige María Santísima como interlocutor cuando se aparece en el cerro del Tepeyac y lo nombra mensajero y embajador ante el obispo Fray Juan de Zumárraga. Aplicando una ley del reino que Ella conoce muy bien, la gran Señora pone sus ojos en la humildad del siervo macehual, dejándose ver por él. Así Juan Diego adquiere el rango de vidente e interlocutor de Santa María de Guadalupe: ve su rostro de doncella mestiza, más hermoso que el de cualquier otra mujer que haya conocido, queda deslumbrado por el resplandor de sus vestidos y ve en torno a Ella rocas, mezquites, nopales y abrojos como adornos de esmeraldas y turquesas que la enmarcan. Escucha su voz tierna y afable como el canto del “coyotl, del Tinitzcan y de otros pájaros finos” que le llama por su nombre: “*Tlaxiccaqui noxocoyuh Juanitzin, ¿campa in to-mobuica?*” “Escucha, hijo mío el menor, Juanito, ¿A dónde te diriges?” (Nican Mopohua, v.23). Contempla, oye, dialoga con la Doncella del cielo.

Esto pertenece al vidente, en una experiencia personal, intransferible, no elegida por él, sino recibida como un don; por lo mismo, es objeto de una elección gratuita de la que es él el primero en considerarse indigno e inmerecedor. Sin embargo, allí está el hecho originario y primordial de todo el evento guadalupano, que le confiere un rango único. Juan Diego es, junto con su tío Bernardino, vidente de la noble Señora del Tepeyac.

3. *Juan Diego, mensajero*: Juan Diego es nombrado y elegido asimismo *mensajero* de la noble Señora. Ha de llevar un mensaje al obispo Zumárraga: desea se le levante en el cerro del Tepeyac “una Casita sagrada”, un templo. Y el mensaje para todos los pueblos: “en esta casa yo mostraré todo mi amor de Madre a quienes me invoquen y a quienes en mí confíen” (vv.27-32 ad sensum).

Es la gran noticia de su maternidad benévola, compasiva, poderosa para salir al encuentro a sus necesidades. Juan Diego se resiste y pide a la Señora que mejor mande a una persona de clase noble y alta, pues a él, pobrecito indio, hombre de campo, mecapal, parihuela, cola y ala, nadie le daría oídos. Pero la noble Señora está decidida: aunque tenga muchos servidores de linaje elevado, considera que “es necesario que él, Juan Diego Cuauhtlatotzin, lleve su mensaje al obispo”. ¡Misteriosa y sapientísima voluntad! Ha de ser el indiecito Juan Diego el portador de su mensaje.

Trasparece claro el designio de la Virgen de Guadalupe: el indio despreciado - que encarna a su pueblo indígena y campesino -, es elegido como embajador de la Reina del cielo ante el obispo, el virrey y todo el pueblo de

México. Indudablemente hay en esta elección de la Virgen una clara intencionalidad de valorar la dignidad de los indígenas como hijos de Dios, creados a su imagen y semejanza. Así lo han visto los indios y el pueblo todo de México, que se siente identificado con Juan Diego. En todo mexicano se da un proceso de identificación con el indio Juan Diego en sentirse estimado y amado por Santa María de Guadalupe: el indígena, como hermano de raza y cultura; el mestizo, también en él se mira; el criollo lo ve como a un mexicano elegido por la Virgen como mensajero, lo admira e imita como hombre santo, modelo de humildad y de fe. Y ello aumenta en cada uno su amor y su confianza en la noble Señora.

Al deseo de la Señora del cielo y a la misión que le da, Juan Diego responde con obediencia, con entereza, con amor. Juan Diego vive de modo ejemplar las virtudes cristianas, ama apasionadamente a la Muchachita del Tepeyac, vive junto a su amada Imagen los últimos 16 años de su vida, sirviéndola en la ermita, dándola a conocer a sus hermanos indígenas y ayudándoles en todo lo que estaba en su mano<sup>8</sup>.

¡Fecunda lección para los indígenas de hoy! Ellos han de mostrar al mundo que se puede vivir en plenitud la fe en Cristo sin renunciar a la propia identidad cultural. De Juan Diego Cuauhtlatoatzin dice Juan Pablo II en la homilía de beatificación:

A semejanza de los antiguos personajes bíblicos que eran representación colectiva de todo el pueblo, podríamos decir que Juan Diego representa a todos los indígenas que acogieron el Evangelio de Jesús gracias a la ayuda maternal de María, inseparable siempre de la manifestación de su Hijo y de la implantación de la Iglesia como lo fue su presencia entre los apóstoles el día de Pentecostés<sup>9</sup>.

Al ser elevado al honor de los altares, Juan Diego llega a ser *modelo* que imitar por su fe en Dios, su humildad y confianza en la Virgen. En su persona y en la narración que él hace a Antonio Valeriano de las apariciones, realiza una síntesis asombrosa de dos culturas, la de sus padres chichimecas y la que le han llevado los franciscanos y otros misioneros. Él realiza en su persona una admirable inculturación donde Evangelio y cultura náhuatl

---

<sup>8</sup> Cfr más ampliamente el tema de Juan Diego, modelo de laico evangelizador en la hermosa *Carta Pastoral* del cardenal Norberto Rivera Carrera, *con motivo de la canonización del beato Juan Diego Cuauhtlatoatzin, laico*, Arquidiócesis primada de México, México DF, 26 de febrero 2002. Ver también nuestra obra "*Tonantzin Guadalupe y Juan Diego en el nacimiento de México*", ed. Diana, México 200, págs.1-37.

<sup>9</sup> 6 de mayo de 1990, n.6.

son las dos líneas del contrapunto que produce un acorde de armonía deliciosa. Aquí tiene su modelo más acabado -en su persona, en su mensaje, en el ayate pintado- la síntesis y el germen potente de una legítima teología india. Por eso Juan Pablo II en la homilía de su canonización dirá:

Juan Diego, al acoger el mensaje cristiano, sin renunciar a su identidad indígena, descubrió la profunda verdad de la nueva humanidad, en la que todos están llamados a ser hijos de Dios en Cristo. Así facilitó el encuentro de dos mundos y se convirtió en protagonista de la nueva identidad mexicana, íntimamente unida a la Virgen de Guadalupe, en cuyo rostro mestizo expresa su maternidad espiritual que abraza a todos los mexicanos<sup>10</sup>.

### **La “casita sagrada”**

Una de las raíces en que más vigorosamente se afinca la identificación del pueblo de México con Santa María de Guadalupe es el templo o basílica de Guadalupe. Ella, junto con la imagen pintada, es la materialización y como el símbolo tangible de la devoción.

En todo el fenómeno guadalupano, junto con la imagen estampada en el ayate, el templo es la realidad mejor atestiguada: el obispo pide una señal convincente de que la Virgen pide un templo, y Juan Diego le lleva no una, sino tres señales, las rosas de Castilla, la imagen pintada en la tilma y la curación de su tío Juan Bernardino. El obispo quiere ver el lugar elegido por la Señora, y Juan Diego lo acompaña al cerro del Tepeyac; el obispo quiere saber quién lo pide y quién manda a Juan Diego como mensajero, y Juan Diego le da cabal respuesta con la imagen de la noble Señora en su tilma. En todo este proceso Zumárraga examina rigurosamente al mensajero, un pobre indio macehual que frente al ilustrado obispo español, todavía representa la ignorancia y la infancia de la fe cristiana; alguien, por lo mismo, que no ha de ser creído de buenas a primeras.

A todo este escrutinio Juan Diego responde con coherencia, con serenidad, con veracidad. Zumárraga comprueba que está ante una persona psicológicamente recia, religiosamente auténtica, doctrinalmente intachable. Y ha de rendirse a la fuerza de las pruebas y a la contundencia de la verdad. Es ahora el obispo quien debe obedecer el mandato de la Reina del cielo. Y se dispone a ejecutarlo.

En el mensaje que la noble Señora da a Juan Diego uno de los datos mejor subrayados es justamente su deseo de que se le levanta “una casita

---

<sup>10</sup> 31 de julio de 2002, n.4.

sagrada” o “*noteocaltzin*”, literalmente “mi casita sagrada”, “*noteocal*”, mi templo (vv.26-33); o también “*itlazochantzin*” “su amada casita” o “su querida morada”:

Mucho quiero, mucho deseo que aquí me levanten mi casita sagrada, en donde lo mostraré, lo ensalzaré al ponerlo de manifiesto: lo daré a las gentes en todo mi amor personal, en mi mirada compasiva, en mi auxilio, en mi salvación: porque yo en verdad soy vuestra madre compasiva, tuya y de todos los hombres que en esta tierra estáis en uno, y de las demás variadas estirpes de hombres, mis amadores, los que a mí clamen, los que me busquen los que confíen en mí, porque ahí les escucharé su llanto, su tristeza, para remediar, para curar todas sus diferentes penas, sus miserias, sus dolores.

Y para realizar lo que pretende mi compasiva mirada misericordiosa, anda al palacio del obispo de México, y le dirás cómo yo te envió, para que le descubras cómo mucho deseo que aquí me provea de una casa, me erija en el llano mi templo; todo le contarás, cuanto has visto y admirado, y lo que has oído (Nican Mopohua, vv.26-33.Cfr. también vv. 61-62; 73-78; 184; 192-194; 211-212).

Los aztecas llamaban *teocali*, o casa de Dios, al templo. Con la construcción del *teocali* tenía lugar la fundación de una ciudad. Al pedir la Virgen de Guadalupe una *casita sagrada*, está proponiendo el nacimiento de una nueva ciudad, de un nuevo pueblo. En efecto, con ella y en torno a ella, inicia una nueva etapa en la historia de los pueblos indios de América.

La imagen de la Virgen de Guadalupe ha tenido varias moradas a lo largo de sus casi cinco siglos de historia<sup>11</sup>. La primera “casa” de la Virgen fue el oratorio de Fray Juan de Zumárraga, donde estuvo solo unos días. Luego fue llevada al “templo mayor”, donde hoy está la catedral metropolitana; era entonces sólo una modesta capilla de adobe, donde la imagen permaneció algunos días para ser vista por todos, mientras se construía una ermita en el Tepeyac, dentro del mismo año de 1531. La tercera fue la ermita construida en la colina del Tepeyac, donde estuvo 25 años. Hay un cuadro anónimo del siglo XVIII, que representa el traslado de la sagrada Imagen del templo mayor al Tepeyac. Aunque de fecha muy posterior, sin embargo, reproduce la memoria oral y escrita de la primera procesión del clero, de las autoridades y del pueblo al cerrito del Tepeyac. Desde entonces el flujo

---

<sup>11</sup> Sigo el artículo de Ana Rita Valero de García Lascurain, *Las moradas de la Virgen*, en Virgen de Guadalupe, ed. Guía de México Desconocido, diciembre 2001, pp.27-33.

de peregrinos y visitantes a Guadalupe no solo no se ha interrumpido, sino que de año en año se incrementa.

El segundo obispo de México, el dominico Fray Alonso de Montúfar, mandó construir una segunda ermita en piedra, y la decoró ricamente. A principios del siglo XVII se construyó una nueva iglesia, donde la Virgen pudiera ser honrada con mayor esplendor, y fue consagrada e inaugurada en 1622. Era una obra de cantera, rodeada de un muro almenado. La cercanía del lago y lo frágil del subsuelo dañaron la estructura de la iglesia y hacia fines del siglo tuvo que ser derruida.

El 25 de marzo de 1695, fiesta de la anunciación del Señor, fue puesta la primera piedra del nuevo santuario, con traza de Pedro de Arrieta. El templo, que fue inaugurado en 1709, y que sigue en pie hasta el día de hoy, es muestra de la grandiosa arquitectura barroca del siglo XVIII; es la que conocemos hoy como “la antigua basílica”.

En el siglo pasado, tanto por el riesgo de derrumbe por el lento hundimiento de la estructura por el subsuelo fangoso de la antigua laguna de Tenochtitlán, cuanto por la insuficiencia del espacio para los miles de fieles, se inició la construcción de la nueva basílica: ideada por el gran arquitecto Pedro Ramírez Vázquez en forma de tienda —de tantas resonancias bíblicas, y de tan denso simbolismo para un pueblo en cuya religiosidad la peregrinación ocupa un rango de importancia—, se inauguró el 12 de octubre de 1976

Precede al templo un gran atrio o plaza enmarcada al norte por la bella estructura de la antigua basílica; a poniente por la nueva basílica. Por el lado este en los últimos años se ha levantado un carillón o juego de campanas, en forma de espadaña moderna, en ángulos rectos: es una pieza que rompe la limpieza y la vista de la plaza y que no encaja del todo en el estilo barroco de la antigua basílica, ni en la unidad arquitectónica de la nueva, hecha de círculos y de líneas curvas.

La antigua basílica barroca lleva años sometida a obras de consolidación, con andamiajes visibles en el interior que rompen la perspectiva arquitectónica; incluso ha sido cortada en la parte del ábside por razones de equilibrio estático. Quienes la conocimos en su esplendor original anhelamos que se restituya la traza primera y siga abierta al culto para que el pueblo de México siga honrando a Santa María de Guadalupe en su casita original.

La nueva basílica realiza egregiamente su función de acoger a los miles de peregrinos que cada día acuden a visitar a la Madre común. La traza

crea un espacio grandioso, con una atmósfera de hogar en semipenumbra, que invita a recogerse y orar con los ojos fijos en la imagen guadalupana. Su forma de tienda de campaña acoge al peregrino y le ofrece un espacio que es a la vez “casita santa” o templo para orar, casa de familia para descansar, hogar donde estar en silencio y en paz.

En efecto, la basílica del Tepeyac ha venido a ser el hogar común de todos los mexicanos y de todos los cristianos de América. Todos allí se sienten en casa. Todo gran evento personal, familiar, social y, aun en ocasiones, nacional, se celebra en “la casita sagrada” de la noble Señora: desde el nacimiento de un hijo, los quince años o la boda de la hija, hasta el inicio del mandato de uno de los últimos presidentes de México, Vicente Fox, el 1 de julio de 2000. Y, por supuesto, la primera visita de un Papa a México, Juan Pablo II, para la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, celebrada en Puebla, pero inaugurada en Guadalupe el 27 de Enero de 1979; la conclusión del Sínodo de América, el 22 de Enero de 1999, la canonización del indio Juan Diego Cuahatlatoatzin y la beatificación de los mártires de Cajonos (Oaxaca), el 30 de julio y el 1 de agosto de 2002 respectivamente.

Allí van los padres de familia a pedir por sus hijos, los hijos a pedir por sus padres, la novia a pedir por un buen partido, el estudiante por una buena elección de carrera o una buena profesión, los enfermos, los obreros, los indígenas, los campesinos, los políticos, los artistas. Santa María de Guadalupe es el polo materno de toda la familia americana.

La basílica de Guadalupe es el gran crisol en que se ha fundido lo mejor del pueblo indígena y criollo de México para sacar de allí el oro de una fe de altísimos kilates, que ha dado santos, mártires, confesores, fundadores, pastores y el río caudal de pueblo cristiano, sencillo y fiel. El “*México siempre fiel*” ha sido forjado en el crisol de Guadalupe.

El 12 de diciembre de cada año la Casita Sagrada de la Señora se transforma literalmente en la casa de todos los mexicanos: se le cantan las mañanitas, como se le canta a la mamá el día de su santo o de su cumpleaños; van las voces más hermosas del momento, de varones y de mujeres, a cantarle a la Señora del Tepeyac, a celebrarle litúrgicamente y a llevarle ofrendas florales, bailes, danzas, cohetes y festejos. El mismo areito y mito que ya hacían los indios desde el siglo XVI, incrementado con unos cuantos decibelios más. Como a todas las Lupitas de México se les llevan las mañanitas y los mariachis, aquí también todo un pueblo rinde honores a la primera Lupita, a la Morenita del Tepeyac.